

## El Paisaje en la Obra de Benito Lynch

Para todo el que ha vivido consubstanciado con la actividad fébril de la gran ciudad, le es necesario asomarse aunque sólo sea espiritualmente a otra vida, a otro mundo, donde el sol brille sin chocar contra paredes rectas y lisas.

Esa fácil evasión la consigue todo el que tome entre sus manos una obra de Benito Lynch. Porque acercarse a este autor, es perder contacto con todo lo conocido hasta ahora y preparar nuestro espíritu para aprehender otras bellezas que tienen el sabor y el perfume de lo agreste. Se lee a Benito Lynch sintiendo y viviendo hondamente el paisaje que describe.

Paisaje... El nombre no conviene a lo expresado por el autor, porque da idea de algo suavísimo de tonos pálidos y ténues, y existen viveza plena, colores radiantes, luces diáfanas en todas las descripciones de esa naturaleza bravia de nuestra tierra argentina.

Actuando en ese marco que por sí sólo es un poema de vida y emociones se presentan personajes de estampa recia, de rasgos fuertemente delineados que sufren y luchan animados por pasiones tan fuertes y avasalladoras como esa misma naturaleza que parece envolverlo todo con sus ímpetus irrefrenables e insospechados.

Campos extensos iluminados por un sol ardiente, tierras resacas, lagunas pantanosas, de todo ese paisaje es desprende un hálito de vida que envuelve y sugestiona al que actúa en ese ambiente.

En medio de esa naturaleza, el hombre que no tiene conciencia clara de lo que es y para qué está en la tierra, al advertir la magnitud de todo lo que desconoce siente soledad, soledad intensa que lo apesadumbra y lo disminuye. Sólo cuando comprenda ese paisaje y sepa hallar en la lejanía del horizonte motivos de alegría o de tristeza, cuando todo lo inanimado se presente a su vista con la fuerza y el colorido de algo viviente, habrá aprendido a amar ese paisaje. Ya no sentirá soledad porque cada objeto, cada pedazo de tierra le acompañarán a entonar un himno al creador de todo ello. No se sentirá débil ante sus furias incontenibles porque sabrá vencerlas con las armas proporcionadas por la experiencia.

Como ese ambiente campero que se muestra desnudo de galas pero que se impone y atrae por la serenidad que de él se desprenden, así es la descripción de Lynch, sencilla, real.

Hombres y elementos naturales se confunden para forjar en la obra literaria un canto a la tierra y al mismo tiempo dirigir un alegato por una mayor comprensión de su espíritu. El espíritu de la tierra, ese algo inmaterial, que impregna todas las cosas, ha sido captado por Benito Lynch y llega hasta nosotros para mostrarnos una fuente de belleza, que por ser natural, es más accesible a nuestro entender.

Es que nuestro autor ha permanecido durante mucho tiempo en esa tierra y en ese medio de que nos habla. Ha admirado muchas veces el horizonte infinito como queriendo encontrar en él respuesta a todos sus problemas y ha inclinado su cabeza en el afán de querer escuchar las voces que se escapan por las rajaduras de esa tierra reseca por el sol. Ha convivido con hombres y mujeres formados en el rudo crisol del trabajo campero y los ha trasladado al campo blanco del papel para que hallemos en ellos el reflejo de algo que debe bullir siempre en el corazón de todo argentino: el amor a la tierra natal.